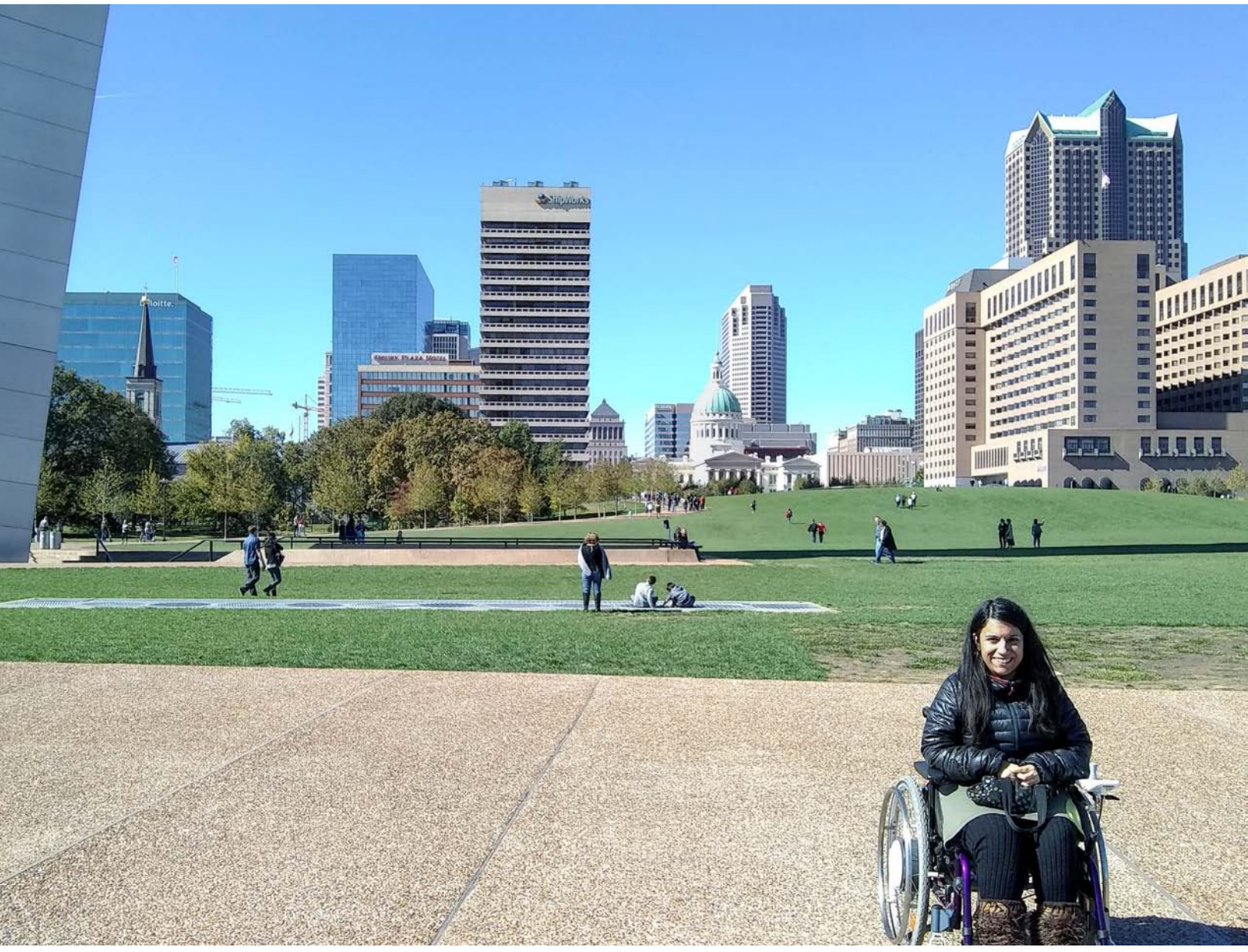
Una crivillenense por el mundo

Sandra M. Espín Tello
Fotografías del archivo de Sandra Espín



Parque Nacional de *Gateway Arch*, en Saint Louis (MO), Estados Unidos.

Nombre: Sandra Martina Espín Tello
Fecha de nacimiento: 11 de noviembre de 1986
Origen: Crivillén (Teruel)
Profesión: Investigadora postdoctoral
Aficiones: Viajar, crear con colores y jugar a juegos de estrategia

Hasta la fecha son siete los lugares principales donde ha transcurrido mi vida, y todos ellos me han aportado algo positivo. La aventura comenzó en Crivillén, mi pueblo natal, donde viví hasta los 12 años. Allí cursé la educación primaria en su escuela rural, la cual estaba compuesta de una sola aula a la que íbamos niñas y niños de diferentes cursos y que, por desgracia, cerró sus puertas en el año 2013. Para mí, Crivillén es el lugar más bonito del mundo. Me siento afortunada de haber crecido allí y considero que buena parte de lo que soy se debe a lo que aprendí durante aquellos años, y es que, cuando vives en un pueblo tan pequeño, las relaciones intergeneracionales y el contacto directo y diario con la naturaleza fomentan valores tan significativos como el amor, la humildad o la solidaridad. Siento que somos una gran familia, en la que con algunas personas te llevas mejor que con otras, es cierto, pero ¿en qué familia no pasa eso? Voy a Crivillén cada vez que puedo, pues lo siento como una necesidad; una de las cosas que más me gusta hacer cuando voy es ir detrás del colegio y, en silencio, recordar los tiempos en los que mis abuelos y otras personas queridas trabajaban los huertos que desde este lugar se divisan.

En 1998, junto con mis padres y mi hermano fuimos a vivir a Andorra (Teruel), donde estudié la educación secundaria. De aquellos años guardo buenos recuerdos, sobre todo con mis amigas de la peña Romipicarpa. De Andorra nos mudamos a Zaragoza cuando comencé los estudios de Terapia Ocupacional en la Universidad que lleva el nombre de la ciudad. Mientras cursaba la carrera empecé a valorar las posibles salidas profesionales y, teniendo en cuenta mi condición física y mis intereses, así como la vía a través de la cual podía aportar más a la sociedad, elegí el camino de la investigación. Con esa intención, al acabar la carrera cursé un máster en Gerontología Social, el cual me dio acceso a los estudios de doctorado en Ciencias de la Salud, que también realicé en la Universidad de Zaragoza. Pero antes de acabar el máster una persona muy especial se unió a mi aventura y decidió caminar a mi lado, contra viento y marea. Esa persona es Cristian, a día de hoy, mi marido.

Durante el doctorado centré mi investigación en el análisis de la influencia del grado de funcionalidad en la autoestima de personas jóvenes y adultas con parálisis cerebral. Me desplacé por toda España para recoger los datos de aquellas que cumplían con los criterios de inclusión de mi estudio, que en total fueron 118, incluyendo al cantante y actor Juan Manuel Montilla, más conocido como “el Langui”. Mi objetivo era acabar el doctorado con mención internacional y para ello, entre otras cosas, debes realizar una estancia en una universidad de otro país. Sabía perfectamente dónde y con quién quería realizarla: en la Newcastle University (situada en Newcastle upon Tyne, al nordeste de Inglaterra), con el doctor y catedrático Allan Colver. Así pues, en septiembre de 2015, y justo tras haberme estrenado como tía de Joel, empecé una nueva aventura de tres meses en aquella maravillosa ciudad. Lo mejor de todo es que Cristian, que es informático, pudo acompañarme y trabajar desde allí para la empresa donde trabajaba en Barcelona. Mi plan para aquellos meses era aprender lo máximo posible del proyecto SPARCLE, diseñado con el objetivo de mejorar y promocionar la calidad de vida y participación de niñas y niños con parálisis cerebral, residentes en Europa. Durante mi estancia investigué sobre la disponibilidad (presencia o ausencia) de aquellos factores del entorno que son necesarios para que dicha participación sea óptima y si esta había variado a lo largo del tiempo. Para ello utilicé los datos que el equipo previamente había recogido. Durante esta estancia la doctora Heather Dickinson, profesora jubilada de la Newcastle University, nos alquiló una habitación en su casa. Ella me enseñó (y sigue enseñándome) muchas cosas, entre ellas estadística, su especialidad. Pero también me demostró que en esta vida hay personas que son especiales y que, aunque en el camino te cruces con mucha gente que resta, también los hay que suman, y mucho. Desde entonces ella se ha convertido en mi mentora principal y una de las personas más importantes en nuestra vida.

Tras cuatro intensos años, el 29 de junio de 2016 defendí la tesis doctoral. Recordaba cuánta gente me había juzgado a lo largo de mi vida, sin saber, sobre lo que era y no era capaz de hacer. Por esa y otras razones decidí dedicar ese día a aquellas personas que, por más que alzan su voz, no son escuchadas. Personas con discapacidad que aún a día de hoy son ignoradas y sometidas constantemente a juicios de valor por su condición, la cual no han elegido. Aquel fue uno de los días más bonitos que he vivido, pues no solo cerraba una etapa inolvidable o me convertía en la primera terapeuta ocupacional en obtener el título de doctora por la Universidad de Zaragoza, sino que estaba rodeada de seres muy queridos que se habían desplazado desde diferentes puntos para acompañarme, incluidos la Dra. Dickinson y el Dr. Colver. Pero lo más emocionante fue cuando vi entrar en la sala a mi abuela Carmen que, con 85 años y delicada de salud, quiso estar también presente.

Entrada del *Participation, Environment and Performance Laboratory,* de la *Washington University,* en Saint Louis.

Debido a la situación precaria en la que se encuentra el ámbito de la investigación en nuestro país, mentiría si dijera que no veía un abismo delante de mí, incluso habiendo recibido el premio extraordinario de doctorado, y que el "¿y ahora qué?" no me golpeaba con fuerza diariamente. Pero mientras salía "algo", iba haciendo otras cosillas, como seguir con mis estudios en Psicología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), aunque con una idea clara: algún día trabajaría de aquello por lo que tanto había luchado. En 2017 me fui a vivir a Madrid, donde estuve trabajando como asistente de ensayos clínicos, gestionando la parte burocrática de los estudios de otros/-as investigadores/-as. Pero ese trabajo no me motivaba, por lo que al mismo tiempo seguí buscando de manera activa la posibilidad de trabajar como investigadora.

Finalmente, el esfuerzo dio sus frutos y a finales del mismo año seleccionaron mi candidatura para cubrir un puesto de postdoctoral research associate (investigadora postdoctoral asociada) en la Washington University in St. Louis (WUSTL), en el estado de Misuri (EE. UU.), así que de nuevo había que hacer mudanza, pero estaba vez intercontinental. Por entonces Cristian, el que había sido mi novio durante casi ocho años, decidió dejar su trabajo para acompañarme en la nueva aventura al otro lado del océano Atlántico. Pero, para que él pudiera permanecer en el país más allá de los 90 días que te permite el visado de turista, teníamos que casarnos. Así pues, nos pusimos manos a la obra y con el apoyo incondicional de mis padres y de alguno/-a más en dos meses preparamos boda (muy íntima y oficiada por una de mis mejores amigas en el Ayuntamiento de Crivillén), visados, mudanza… Reconozco que fue una locura, pero muy dulce.

A principios de febrero de 2018 aterrizamos en St. Louis. Mi lugar de trabajo estaba en el Participation, Environment and Performance Laboratory (Laboratorio de Participación, Entorno y Desempeño) de la Universidad que he nombrado anteriormente. Allí desempeñé mi labor como investigadora durante un año y medio, en un estudio cuyo objetivo era evaluar aquellos factores que hacen que la participación en la comunidad de personas que están envejeciendo con discapacidad física se encuentre reducida, para, a través de los resultados obtenidos, elaborar programas de intervención que puedan aumentar y mejorar la calidad de dicha participación. Al mismo tiempo también estuve colaborando con otros estudios, di clases y fui mentora de estudiantes de máster y doctorado, así como de estudiantes que hacían estancias de verano, y fui miembro del comité ejecutivo de la Washignton University Postdoctoral Society.

Aunque estaba realmente bien en mi trabajo, empecé a interesarme cada vez más por el ámbito de la tecnología asistiva y en cómo esta podía mejorar las vidas de aquellas personas con discapacidad. Por ello entablé lazos con investigadores del Centre Interdisciplinaire de Recherche en Réadaptation et Intégration Sociale (Centro de Investigación Interdisciplinar en Rehabilitación e Integración Social) de la Université Laval (en Quebec, Canadá), el Laboratorio de Ingeniería Biomecánica de la Universitat Politècnica de Catalunya y con el Laboratorio de Interacción Persona-Computador para Necesidades Especiales–EGOKITUZ de la Facultad de Informática de la Universidad del País Vasco. Este último me ofreció un puesto como investigadora postdoctoral para trabajar en un estudio sobre el efecto que puede tener a nivel cognitivo el hecho de que niñas y niños con afectación motriz severa puedan manipular objetos mediante un robot colaborativo bimanual mientras juegan. Dejar el trabajo de EE. UU. no era sencillo pues, como he dicho, allí estaba bien, mi jefa quería que me quedara y Cristian tenía que volver a dejar su trabajo (que por suerte había encontrado de lo suyo). Además, tenía otra oferta de trabajo en otra Universidad. Pero tras pensarlo mucho aceptamos volver, así que en septiembre de 2019 nos mudamos a nuestra residencia actual, en San Sebastián/Donostia. Aquí, además de en el estudio que he comentado, también trabajo, junto con mis compañeros/-as, en el desarrollo de un robot de monitorización y acompañamiento para personas mayores de 65 años que viven solas, en la evaluación de la accesibilidad para personas con baja visión de los servicios públicos electrónicos, así como en otros proyectos que están en camino.

Le formulamos unas últimas preguntas a Sandra a modo de cierre de su interesante relato (Redacción).

Tu último destino te ha llevado a una Facultad de Informática. ¿Qué es lo que hace allí una terapeuta ocupacional?

Considero que el abordaje interdisciplinar es imprescindible en investigación (y en muchos otros campos). Soy la única terapeuta ocupacional del laboratorio, donde estoy rodeada de profesionales de la Ingeniería Informática y de las Ciencias Físicas, pero me está pareciendo una experiencia muy enriquecedora. Tenemos puntos de vista muy distintos, pero que a su vez se complementan, y eso es muy bonito. Además, cuando trabajas con profesionales de la misma disciplina acabas utilizando una terminología muy específica, porque sabes que te entienden, pero en mi caso actual tanto ellos como yo tenemos que esforzarnos para asegurarnos de que lo que decimos se interpreta correctamente, y considero que eso fortalece también otras habilidades.

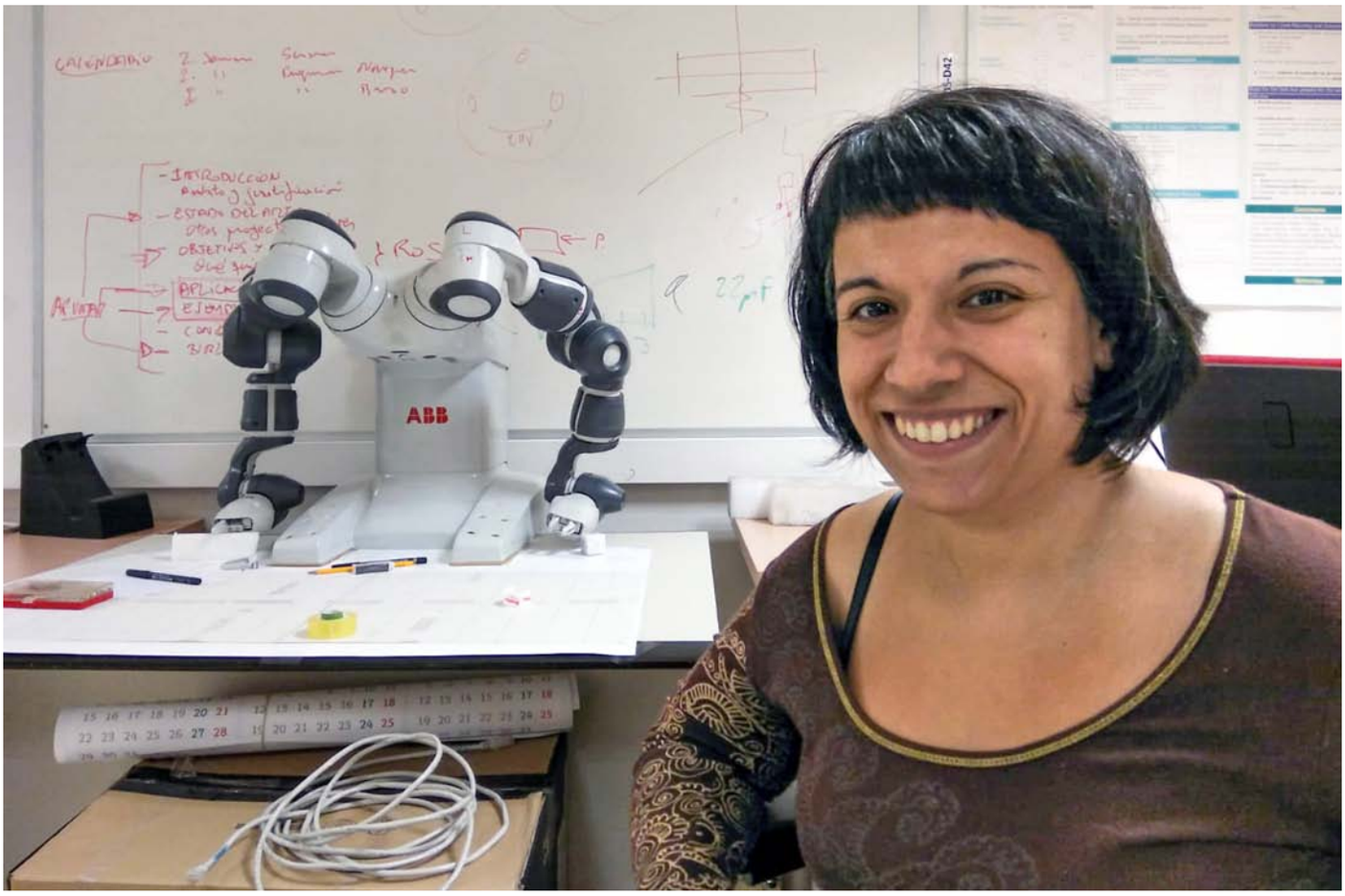
¿Qué es lo que más valoras de las múltiples experiencias que has vivido?

Me quedo con las personas maravillosas con las que me he cruzado y que tanto me han aportado. Me encanta viajar, conocer otros países y sus culturas, intercambiar tradiciones… Y por suerte ahora mismo tengo amigas y amigos de diferentes partes del mundo, como Inglaterra, Estados Unidos, Taiwán, México, Polonia, India, Brasil, Argentina, Irán o Irak, así como de diferentes puntos de España, a la vez que mantengo a mis amigas de siempre, ¿qué más puedo pedir?

También me quedo con todo lo aprendido, tanto a nivel personal como profesional. Sobre todo, he aprendido a ser resiliente, es decir, a afrontar la adversidad de manera constructiva e intentar salir fortalecida. Durante estos años ha habido momentos complicados, incertidumbre… Por eso he aprendido también a disfrutar al máximo de cada pequeño éxito, aunque no sea la meta final o lo que había planeado en un principio, pues creo que también es importante disfrutar de las pequeñas recompensas que nos proporciona el camino, o incluso cambiar de objetivo, si es necesario, sin que eso nos suponga un trauma.

¿Si volvieras atrás, seguirías los mismos pasos?

Eso nunca se sabe, aunque hoy por hoy, sin duda diría que sí. Hay decisiones que no han sido nada fáciles de tomar, en parte porque repercuten en más personas. Son muchas las cartas que hay que jugar, pero creo que hasta ahora no lo he hecho tan mal.



Con mi compañero, el robot colaborativo bimanual Yumi (ABB), en el Laboratorio de Interacción Persona-Computador para Necesidades Especiales-EGOKITUZ, Universidad del País Vasco, San Sebastián.

En Crivillén.